

religiosos para que les enseñaran las prácticas de la fé cristiana.

En todos los puntos recorridos hasta allí iba Chirinos tomando posesión en nombre de la corona de España y en provecho del conquistador Guzmán, posesión que no le había costado ni un solo combate, ni la pérdida de un solo español y que tomaba sin otra fórmula ó derecho que la fuerza de las armas, para despojar de sus tierras á los pobres indios, que por cerca de tres siglos las ocupaban con más justo y reconocido título.

De Huajúcar marchó á Colotlán, donde fué informado de que pocos días antes otro jefe español (Cristóbal de Oñate) había entrado por Tlaltenango, y siguió después por Tepec, Xora y Huaynamota hasta Itzcuintla, donde Nuño de Guzmán le estaba esperando.

Tal fué la primera expedición que los españoles emprendieron á Zacatecas, y aunque el P. Tello refiere que Chirinos pasó grandes trabajos y necesidades durante ella, no hay mucha razón para creerlo así, puesto que desde Acatic hasta Huajúcar todos los pueblos lo recibieron de paz, le proporcionaron sustento, le dieron las noticias que pedía y aun le acompañaron, abandonando sus hogares y habituales ocupaciones.

## CAPITULO IV.

[ 1531 ]

Las ruinas de Chicomóztoc.—La Ciudadela.—El Templo.—Vestigios de otras varias construcciones.—Objetos que se han encontrado en dichas ruinas.—Cueva de donde tomaron materiales los mexicanos para construir á Chicomóztoc.—Deterioro de los edificios.—Opiniones acerca de dichas ruinas.—Noticia del P. Fr. Antonio Tello.—Decreto del Gobierno de Zacatecas para la conservación de los *Edificios*.

Ya que el orden de los sucesos que vengo narrando nos coloca al frente de uno de los más importantes grupos de ruinas que se encuentran en el Estado y que corresponde á la época en que aquí tuvieron una breve mansión los mexicanos, conviene hacer alguna referencia á esas reliquias del pasado, tanto por la significación histórica que encierran, como porque este parece el lugar más á propósito para hablar de dicho asunto.

Al Oeste y al pie de la serranía de Palomas, Partido de Villantueva, se destaca una eminencia de 2,550 varas de altura, denominada *Los Edificios*, en cuya cima y alrededores existen los restos de lo que fué *Chicomóztoc* ó Siete Cuevas, la gran ciudad fundada allí por los mexicanos en el segundo tercio del siglo XII.

Las ruinas de *Los Edificios*, notablemente menoscabadas por la acción devoradora de los siglos y más aún por la inercia, el egoismo y la imprevisión de los que no han sabido apreciar en su verdadero valor esos preciosos restos de la antigüedad zacatecana, están dando todavía una intere-

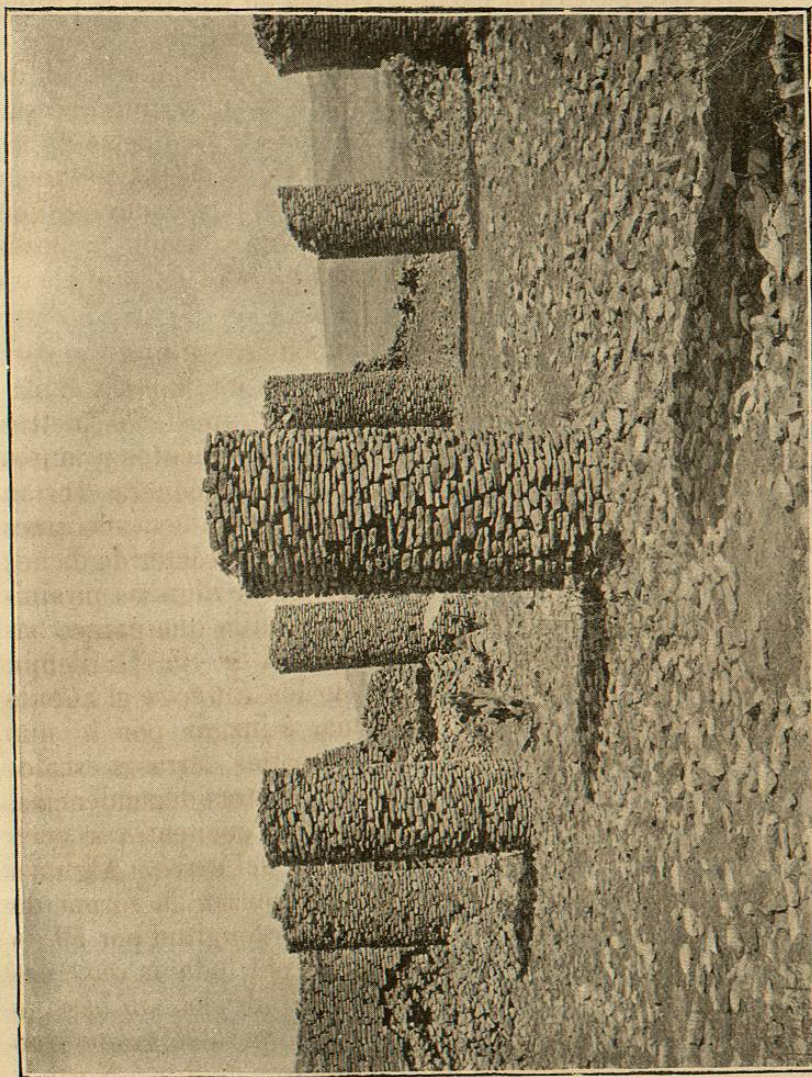
sante y clara idea de la nación que hace 700 años nos ha dejado en esos monumentos un testimonio elocuente de su poder y cultura.

El referido grupo puede dividirse en tres partes principales, la Ciudadela, el Palacio y el Templo.

La Ciudadela propiamente dicha se encuentra en el extremo Norte del Cerro y está rodeada de una muralla que abarca ó circunvala, también, casi todo el perímetro de las ruinas. Los restos que se descubren en esta parte no revelan tanta importancia como los de las otras, pues solo se ven cimientos de algunas viviendas de poca extensión y vestigios de una pequeña pirámide, una plataforma y una casa denominada *Vigía ó Atalaya*.

El Palacio ó lugar de las habitaciones principales está situado en la parte céntrica del cerro, en una meseta ó planicie como de media milla de longitud y unos 400 metros de anchura. En esa planicie se descubren cimientos y muros deteriorados de grandes salones, que probablemente servían de morada á los jefes ó magnates del pueblo mexicano, pues así lo dan á entender la distribución y el carácter de dichos edificios. Allí existen también los restos de algunas pirámides, entre las que figura por su magnitud la que parece haber servido de templo votivo, y según el Sr. E. Guillemin Tarayre, que levantó un plano de los *Edificios* el año de 1866, el recinto del Palacio contenía, á juzgar por lo que aun puede observarse allí, extensos patios, terrazas escalonadas, hornos de alfarería, granero y otras dependencias.

La última parte ó sea el Templo, se encuentra á poca distancia del Palacio en el extremo Sur del cerro. Algunos muros, aunque bastante destruidos ya, acusan la forma de un recinto rectangular de 74 metros de longitud por 60 de anchura, al Oriente del cual se ven en pie todavía once columnas de 6 á 7 metros de altura, cilíndricas, sin base, y de un diámetro aproximado de 1'75. El paralelógramo que encuadran estas columnas mide 20 metros de Sur á Norte y 15 en dirección opuesta. Al Poniente de este edificio se observan señales de gradas que daban acceso al templo y conducían también á la plataforma Sur del recinto del Palacio. Muy inmediato al mismo templo y en dirección al Poniente se descubren los vestigios de dos pequeñas pirámides ó torres que sin duda servían para defender la calzada que por



COLUMNAS DEL TEMPLO DE CHICOMOZTOC.

ese rumbo desembocaba en el extremo Sur de los *Edificios*.

En ese recinto fué probablemente donde el pueblo mexicano, durante su permanencia en Chicomoztoc, se congregaba en compacta y ferviente multitud á ofrecer oblacones á *Tonatihuh* (1) ó sangrientos sacrificios al terrible *Huitzilopochtli*; donde el *teoteuctli*, el *hueyteopizqui* (2) y los demás dignatarios del clero se reunían á deliberar sobre los asuntos de la religión, á conferir las órdenes sagradas á los aspirantes al sacerdocio ó á consultar con los jefes de la nación, los graves asuntos del Estado. Fué allí sin duda donde el *tlapixcatzin* ó director de cantos hacía resonar la robusta voz de sus coristas, entonando himos y cánticos en honor de numerosas y groseras divinidades; donde el maestro de ceremonias daba continuo pávulo al fuego sagrado y henchía con el humo sofocante del *copalli* la lúgubre morada del politeísmo mexicano, ó donde las doncellas aztecas se dejaban cortar la tupida y negra cabellera, como testimonio fiel de sus votos religiosos y de su consagración al servicio del templo.

La historia de las imponentes ruinas de Chicomoztoc nada nos dice sobre esto, pero el pueblo que tales cosas hacía ó que semejantes costumbres practicaba en el gran *Teocalli* de México y en otros lugares del país, era el mismo pueblo, era la misma raza que habitó las mencionadas ruinas, y por tanto, esto me autoriza á creer que el *teocalli* de Chicomoztoc estaba consagrado á los mismos usos y propósitos que la multitud de adoratorios donde un millón de sacerdotes aztecas consumían diariamente una gran parte del trabajo del pueblo, en supérfluas, costosas y cruentas ceremonias.

Además de las construcciones mencionadas, se descubren esparcidos en las inmediaciones del cerro, vestigios de muchas pequeñas casas que deben haber servido de habitación á la clase ínfima del pueblo.

Varias prolongadas avenidas enteramente rectas y como de ocho á diez varas de ancho, parten del cerro de los *Edificios* en distintas direcciones; pero en la actualidad no es posible precisar su verdadera longitud, porque lo labrado

1 *Tonatihuh*, nombre con que designaban al Sol.  
2 *Teoteuctli* Señor Divino; *hueyteopizqui*, Sumo Sacerdote.

del terreno y el tráfico continuo por aquellos puntos no permite descubrir en dónde terminan

Todos los edificios de la Quemada están contruidos con piedra dura y delgada que llaman *laja*, la cual adherían los indios por medio de un cemento ó argamasa consistente, hecha de barro rojo con paja de zacate y olotes de maíz.

La arquitectura de las construcciones referidas no revela ni mucho arte ni corrección en el trabajo; pero sí presenta notable atrevimiento y solidéz é indica que los *mexica* no desconocían las principales reglas y exigencias del arte de construir cómodas habitaciones y seguras fortalezas, como lo demuestran claramente las obras de defensa y las demás construcciones de la hoy desolada *Chicomoztoc*.

Tal vez los mexicanos, al edificar dicha ciudad, no se proponían vivir en ella más que por un corto tiempo, y ya sea por la escasez de materiales adecuados para construcciones de otra naturaleza, por los continuos combates que tenían que sostener contra sus enemigos ó por causas que nos son desconocidas, se vieron obligados á prescindir de las exigencias del gusto y de las formas arquitectónicas que supieron emplear en otras ciudades y monumentos edificadas por ellos.

De aquí viene, sin duda, que más bien que fundar una población en que pudieran lucirse obras de lujo y de arte, solo quisieron construir una localidad que les prestara cómodo abrigo y segura defensa contra numerosos y temibles enemigos

Los objetos antiguos que hasta hoy se han encontrado en los *Edificios* son una tortuga de piedra con una caña esculpida; otra piedra de forma circular, de tres á cuatro varas de diámetro, con un pié también esculpido, cuya piedra es conocida todavía con el nombre de *Monarca*;<sup>1</sup> varios ídolos de diversos tamaños y formas, fragmentos de vasijas de barro, hachas y flechas de obsidiana, metales y huesos humanos.

Don Pedro Rivera, hijo del conde de Santiago de la Laguna, antiguo vecino de Zacatecas, refiere en un informe que proporcionó el año de 1832 á Don Márcos de Esparza,

<sup>1</sup> Tal vez la piedra referida tenía los mismos usos que la denominada *temalcatl* en el templo mayor de México, la cual servía para atar á ella á los prisioneros destinados al sacrificio, mientras llegaba la hora de verificarse este.

que al Poniente del cerro de los *Edificios* existe una cueva á la cual *no se ha llegado á conocer el fin*. En efecto, el Sr. Ingeniero D. José A. y Bonilla, que en el presente año ha ido á tomar vistas fotográficas á las ruinas de la Quemada, por encargo del Gobierno del Estado, asegura que ciertamente es difícil saber hasta dónde terminan las profundas y extensas grutas que se ven en el cerro denominado de las *Cuevas*, que es del cual extrajeron los mexicanos toda la piedra que emplearon en las imponentes construcciones de los *Edificios*; pero que esa dificultad proviene de los muchos escombros que obstruyen las vías de comunicacion dentro de las cuevas referidas.

El mismo Don Pedro Rivera asegura que hace mucho tiempo que Don Juan Manuel de la Bárcena, dueño de la hacienda de la Quemada, construyó algunas fincas y potreros con materiales extraídos de las ruinas. Esta es, seguramente, la causa principal de que tan interesantes antigüedades no se hayan conservado hasta hoy en el mismo estado en que las encontraron los españoles el año de 1531.

Desgraciadamente ese espíritu destructor y esa falta de respeto hácia los monumentos en que nos han dejado interesantes y vivos recuerdos los antiguos pobladores de la República, no solo han perjudicado á los edificios de *Chicomoztoc*, pues se nos refiere en *México á través de los siglos*, que poco ántes del año 1777 la famosa pirámide de *Xocbicacalco* se encontraba casi intacta, pero que también fué destruida por los dueños del terreno para emplear los materiales en la fábrica de hornillos destinados á la elaboración de azúcar.

En la citada obra de *México á través de los siglos* se dice que *Chicomoztoc* no era mas que la antigua metrópoli de los *zacatecos*, y que la ciudad de Tuitlán de que habla el P. Tello, era diferente de la de *Chicomoztoc*.

Don Carlos de Berghes, que en 1833 levantó un plano de las ruinas de la Quemada, las designa con el nombre de *antiguo Coatlicamatl*.

Sin embargo de tan respetables opiniones, me inclino á creer que los edificios de que se trata son probablemente los restos de la ciudad de *Chicomoztoc*, construida por los mexicanos en el valle de Tuitlán; esa convicción se funda en el dicho de varios autores, así como en el aspecto de los

objetos que allí se han descubierto, y principalmente en la forma que hasta hoy presentan dichas ruinas, forma comúnmente característica de las construcciones mexicanas, pues ni los *zacatecos*, ni los *huachichiles* nos han dejado edificios ó poblaciones cuyo carácter pudiera confundirse con el de las referidas ruinas.

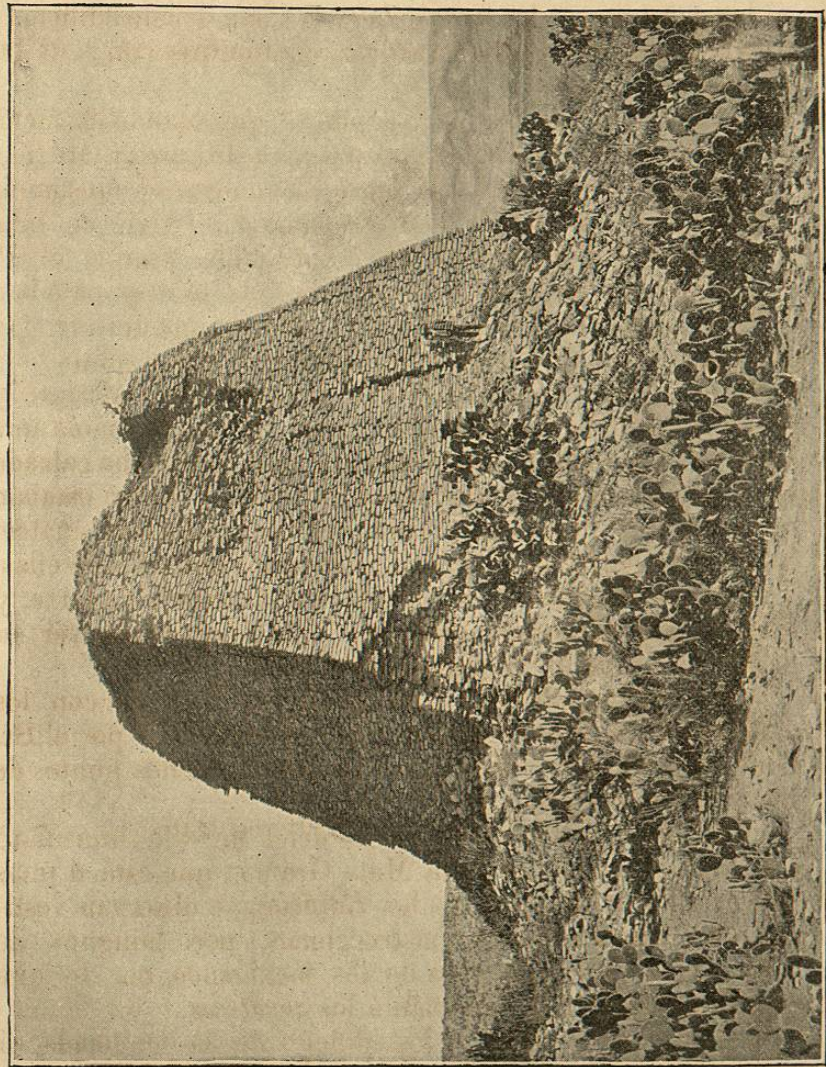
Podrá creerse, á pesar de lo expuesto, que cuando los mexicanos abandonaron á Chicomoztoc para dirigirse á México, los *zacatecos* pudieron haber aprovechado esa circunstancia para apoderarse después de dicha ciudad y vivir en ella, pero aún esta opinión resulta poco probable, porque el P. Tello dice que cuando Chirinos y los que lo acompañaban estuvieron en el valle de Tuitlán "hallaron una gran ciudad despoblada, de muy suntuosos edificios de cal y canto, toda terreada, que era mucho de ver, con sus calles y plazas, y luego saliendo de la ciudad, un cuarto de legua, había una torre ó cué que hacía esquina, de la cual corría una calzada de piedra á otra torre que estaba enfrente, y luego estaban otras dos torres con sus calzadas, que por todas eran cuatro, las cuales guardaban la ciudad, que estaba en medio de ellas; y en la plaza había un cué grandísimo á manera de torre, y en medio una fuente de agua muy linda y muy para ver, la cual dura hasta hoy y durará hasta la fin."

Esta breve relación, si no concuerda en todo con los detalles que se encuentran en el plano levantado por el Sr. Guillemin Tarayre, cuando ménos ofrece muchos puntos de relación con ese plano.

Es cierto que desde el cerrito del Potrerillo, inmediato á Villanueva, hasta el de la Mata Grande, que está á unas cinco millas al Poniente de los *Edificios*, se observan vestigios de muchas antiguas construcciones, pero ninguna de éstas revela haber sido obra de los mexicanos, por lo que creo que más bién pertenecían á los *zacatecos*.

Como quiera que sea, los edificios de la Quemada, á pesar del notable deterioro en que hoy se encuentran, son un testimonio irrefragable de que el pueblo que las construyó era poderoso y aventajado en civilización, pues ninguna de las otras tribus que se establecieron en el territorio de Zacatecas nos ha dejado igual testimonio.

Muy digna de alabanza es una determinación del Congreso del Estado, fecha 14 de Abril de 1831, en que se fa-



PIRÁMIDE EN LAS RUINAS DE CHICOMOZTOC.

cultó al ilustre Gobernador Don Francisco García para erogar algunos gastos en la conservación de los edificios de la Quemada y en la compra de antigüedades del Estado, con el fin de comenzar el establecimiento de un museo en esta ciudad.

Después del lamentable y continuo deterioro que han estado experimentando estos edificios durante tantos años, convendría evitar por medio de oportunas disposiciones de parte del Gobierno, que tan preciosos restos sigan menoscabándose, siquiera sea para conservarlos en el estado que se encuentran, pues nada remoto será que cuando puedan emprenderse formales investigaciones en aquellos abandonados é imponentes muros, se logre descubrir algo que venga á proporcionarnos mejores datos con referencia á las más importantes antigüedades que tiene Zacatecas, pues es casi probable que bajo aquellos vastos hacinamientos de piedras y de escombros, se encuentren todavía objetos interesantes y curiosos que hayan podido escapar al torbellino de la conquista y á las rapiñas y destrozos de los tiempos posteriores.

Como queda dicho al principio de la segunda parte de este bosquejo, en el Guaymas á Guadalupe de Guaymas, en la conquista de Tlaxcala, Tlaxcala, Tlaxcala y otros puntos del mismo tiempo, poniendo á sus órdenes 50 indios y 500 indios auxiliares. El historiador Banchet refiere que Guaymas cayó tan pronto al mismo tiempo que á Guaymas y á Guadalupe de Guaymas por el rumbo de Jalisco, y que á esta se le sometió con varios caudillos entregándole los indios que adobaban los muros cuando la guerra se acabó. Si el error de aquellos autores hubiera consistido solamente en destruir los indios de los indios, con el fin de dar lugar á estos de la guerra indolente que practicaban y de educarlos en otro sistema religioso extraño á toda ceremonia supersticiosa y al culto de divinidades impotentes, habría sido una medida de motivo para señalar ó para disminuir el cargo que les resulta como conquistadores tan sólo; pero en